

GEDEON es el periódico de menos circulación de España.



Diputado á Cortes por Madrid

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CENTIMOS el número

ADMINISTRACIÓN
Fuencarral, 23, primero

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre	1,50 pesetas.
Año	6 —
Provincias y Portugal, tri- mestre	2 —
Año	4 —
Número atrasado	0,25 —
25 ejemplares	1,50 —

AÑO III

Madrid 19 de Agosto de 1897

NÚM. 93

REFRANES EN ACCIÓN



..... Y EL VIVO AL BOLLO

el
Ha-
im-
Voe:
adi-
eca:
ada:
o. ||
te el
a ar-
ines

oven
esto.

nión
ono-

se-
e los
dice
o es-

guir

l que
e los
leve.
plan
r por
mano

Arco
a oc-
culo.
Arco
pero
o di-
pro-
que

o cal-
y ce-
señer

Cartas de Gedeón

En camino 16 Agosto 97.

Querido Calínez: Me faltaron alientos para escribirte después de la tragedia de Santa Agueda. Hoy con pulso más firme y espíritu más sereno, puedo noticiarte que Dios, con motivo de crimen tan horrendo, me ha concedido nuevos títulos a tu estimación y nuevas distinciones que ostentar ante mis conciudadanos. ¡Fui el único bañista de Santa Agueda que no detuvo el primero al asesino del Sr. Canovas!

Grandes pueden ser todavía los honores que sobre mí recaigan, muchas las condecoraciones que los Gobiernos me otorguen, estimadísimas las investiduras de que me vea poseionado; pero ni glorias, ni fama, ni honor más altos espero que ese que acabo de decirte.

No hubo bañista en Santa Agueda que no detuviese el primero al asesino de Canovas. Solo yo no he entrado en liza ni he sostenido pugna para adjudicarme tal proeza; todo lo contrario, declaro ante Dios y ante los hombres que no detuve a nadie, ni siquiera al inspector de policía al servicio del presidente y a quien hoy quiere detener todo el mundo.

Y consignado modestamente este nuevo título a tu consecuente estimación, dime, Calínez, ¿no te parece que hemos hablado bastante del drama de Santa Agueda? Nadie lamentará más que yo la espantosa tragedia de que fué teatro la galería del balneario, galería en que murió Canovas y nació por segunda vez Pepe Luis Torres; pero tales han sido los aparatos, tamañas las exageraciones y tan grandes las convulsiones políticas provocadas por el hecho lamentable y punible, que más que del asesinato de Canovas (un español al fin) parece que se trata de la ruina y aniquilamiento de España entera. No tanto, señores, no tanto. Triste es la alevosa muerte del político insigne; digno de castigo juzgo al fanático criminal; pero aún hay patria, Veremundo. La historia de España no termina con la muerte de su continuador. Continúa, a pesar de esa muerte y a pesar de la vida que disfrutan (y Dios se las conserve muchos años) el general D. Arsenio Martínez P. ovidencia, D. Francisco Silvela, Sagasta, Romero Robledo y cuantos políticos por vocación (lo mismo que era farmacéutico Constantino Ceboleta) se dedican a la ingrata y difícil tarea de hacernos felices.

Lloremos, pues, al muerto; pero con el pañuelo en la mano para enjugarnos las lágrimas y pensar en los vivos. ¡Vivos! dije, y me parece que me rodean los silvelistas. Echemos, pues, un rato a tan simpáticos terceros con pretensiones de segundos y aspecto de quintos del último reemplazo.

Yo, Calínez, tengo en Madrid un corresponsal secreto; baste decirte que le conoce Peña Ramiro, figúrate si conservará rigurosamente el incognito. Pues bien, ese corresponsal me ha referido en una curiosísima carta todos los pasos que ha dado en esa corte el misterioso hombre de la uaga. Tú crearás, como todo el mundo, que llegó a Madrid para asistir al entierro del Sr. Canovas, por aquello que dice el proverbio oriental: «Si quieres ver pasar a tu enemigo, siéntate a la puerta de tu casa, etc. etc.» Pues no, ese fué el pretexto; la verdadera causa de su viaje a Madrid fué otra. Díceme mi incógnito corresponsal que espionando él varias noches las andanzas de Silvela vió que este distinguido hombre público salía de su casa misteriosamente y a deshora. Deteniase largo tiempo ante el ministerio de la Guerra, como si esperase ver asomar por un balcón el venerable vientre del presidente interino, y cansado al fin de tal centinela, encaminabase con paso menudo y provocador a cierta calle vecina de la del Arenal, muy visitada por soldados de todos los regimientos, pero principalmente por los del sexto montado. Una vez en esa calle situabase en la puerta de no sé qué casa, y apenas veía asomar un general (pues también hay generales que discurren, en el sentido de transitar, por tal calle), ya le estaba diciendo: «Chist... Oye». Dime, Calínez, ¿no te parece altamente censurable que el hombre de la moralidad política, el hombre de la selección, el hombre del elemento neutro, el regenerador de nuestras costumbres públicas, el feroz observante de todas las disciplinas, se dedique a la conquista de generales en la calle de la Escalnata? ¡Kai ya solte el nombre de esa calle. Lo siento muchísimo por mi corresponsal, que me recomendaba el secreto, pero si tú quieres la llamaremos la de la Escalnata del Poder, y así queda disfrazado su nombre.

Buen chasco les ha dado el apreciable D. Francisco a las hermosas valencianas. Soltóles recientemente con motivo de unos juegos florales, no a Calixto Ballesteros, sino elogios y ternezas, y he aquí que mientras sus labios les engañaban con palabritas de miel rosada, su pensamiento, el de D. Paco, iba de la caída de ojos y de la caída de Cuba de don Arsenio a la caída abdominal y a la de la presidencia interina del Consejo, de Azcárraga. Las señoritas valencianas ruborizábanse oyendo tan grandes y legítimos elogios, dichos en loor de sus encantos, sin sospechar siquiera que el que los profería tenía los ojos del alma puestos en la perilla del general Martínez Campos o en la papada de D. Marcelo. ¡A saber esto hubiesen preferido que las alabasen sus cocine-

ras! ¡Siquiera los militares de éstas serán jóvenes y con circunstancias!

Mucho me apenaron, Calínez, las noticias de mi corresponsal en esa corte. Yo, run cuando él no se lo imagine, quiero bien a D. Paco, y hasta a Sor María de Agreda, su Pardo Bazán difunta; pero ese cariño mio no obsta para comprender que quien aspira a captarse las simpatías de un pueblo tan joven por su vigor, su energía y aun su inocencia como el nuestro, no debe dedicarse al cultivo de llorones respetables, sin duda por sus años y por sus famas; pero que están pidiendo el retiro al cuerpo, clase ó escala de Providencias apollilladas.

Además, aunque en estas circunstancias consiga D. Francisco ponerse un llorón, nadie ha de creer que se lo pone por el presidente asesinado, sino por la Presidencia que él asesinaría. Sea, pues, cauto y paciencioso nuestro gran Rocamboles y no se meta en libros de caballerías, ni en caballerías sin libros, porque si después de sus predicaciones resulta un hombre codicioso del poder y alentador de ambiciones militares, bastante habríamos hablado. ¡Antes que él Borrero con su dictadura militar por Cuencal Leo en diversos periódicos que D. Francisco acompañó los restos mortales de su gran amigo don Antonio hasta el mismo panteón, como si le quedara algún resquemor de que Angiolillo, distraído con Pepe Luis, no hubiera realizado concienzudamente su obra; y leo también que una vez seguro de que Canovas quedaba bien quieto y sepultado en el panteón, nuestro Rocamboles se marchó a Piedra, como diciendo: «El que este sin pecado, que tire la primera contra el muerto». ¿Que ha ido a nacer D. Francisco a la encantadora posesión de Muntadas? ¿Estudiar los criaderos de truchas para aplicar tales conocimientos a la reorganización de las huestes conservadoras? ¿Meditar acerca de los graves problemas políticos en la Cascada del Iris?

No, querido Calínez, no ¡Arrimarse a la cola del caballo!

Ya Martínez Campos, según las últimas noticias, está definitivamente con él.

Pues con ese general y con Sor María de Agreda ¡Gabinete tenemos!

Da mi ennobrecimiento a Villaverde, el hacendista de las multiplicaciones; a Liniers, el maestrante de la Lengua, y a Rancés, el Cervic de *El Tiempo*.

Yo me encamino a Bilbao con el propósito de estudiar a Chavarri y a los socialistas. Sin embargo, si me indicaran para formar ministerio, avisame enseguida. Tuyo siempre

G E D E O N.

AÚN VA A HABER AQUÍ ALGO GORDO ú la Armonía sin H

G E D E O N

Señores ministros, la cosa está grave ¿que opinan ustedes de la situación? Uno dice:—Nada.—Los otros.—¿Quién sabe?—Mas, vamos a cuentas: ¿Quién guía esa nave sin velas, ni remos, bauprés ni timón? (Ya sé que es muy cursi la comparación).

Señores ministros, el caso es muy serio: jamás en un lío nos vimos igual: por puntos se marcha todo el ministerio ¿quién hay de vosotros que evite un tiberio? ¡Azcárraga, Elduayen, Romero ó Pidal!

Ni el jumo ni el jetro podrán remediarlo: tened preparados maleta y baúl. ¿Buscáis un empalme? Pues no hay que buscarlo. Ya veis que no hicistéis más que diseñarlo y os puso Romero de oro y de azul.

Gedeón solicita vuestras opiniones aun cuando no espera sacar mucha luz; Gedeón os conoce, bravos segundones. La cosa está que arde: si tenéis pulmones, jugad las carteras a cara ó a cruz.

A Z C Á R R A G A

Yo soy un hombre muy modesto, no soy tribano, soy militar; si ocurren graves inconvenientes las dimensiones tengo aquí ya. (1) Martínez Campos me aconsejaba ver a Silvela, que es un barbián y que se cuele muy suavemente como un bendito moro de paz. Con silvelistas... ¡pa mí que nieval! Tienen más réjo que un alacrán y al verbo se arman el primer lío. ¡Ora pro nobis! ¡Vade, Satán! Ya cuatro frescas soltó Romero y eso que no hice más que apuntar conque, si tiro... ¡Santa María! ¡me arma un trastorno fenomenal! Yo soy grande hombre, cuando organizo casi-victorias y casi paz, cuando prescindo de Polavieja y oigo a la gente vitorear y asomar caras a los balcones: Carnot me llaman... y no está mal, mas de estos líos de la política, vamos, señores, digo, en verdad, ni con Arsenio ni sin Arsenio, sé embarcar gente, ni organizar. ¡Ave María! ¡Cristo de Burgos! ¡San Gil! ¡Santa Agueda! ¡Sin Sebastián! ¡San Pedro! (el santo, no el silvelista) don bien sacadme de este fangal. Ni sé qué haga, ni sé qué diga. Romero rugo, Silvela... mas. Cos se me marcha: Bósch se subleva y ahueca Elduayen y huye Pidal.

(1) En el bolsillo: se supone.

No encuentro nadie que me aconseje ¡Señor, qué apuro! ¡Qué atrocidad! Ven, Atanasio; sácame de esto: tú los secretos conoces ya de estos manejos y estos infundios que a mí me tienen sin respirar. ¡Y a esto le llaman hacer política? ¡Y a esto le llaman organizar? ¿Dónde está el Nuncio? Que venga pronto, que en él delego mi autoridad porque este caso tiene tres... mitras y es un apuro... pontifical: no es cosa fácil, para este clérigo, que no es ni chicha ni limoná. ¡Jesús me valga! ¡Santa Quiteria! ¡San Gil! ¡Santa Agueda! ¡San Sebastián!

T E T U Á N

Con nombrar a don Marcelo quisieron tomarme el pelo y no lo aguanto. ¡Ahí es nada! ¡Sólar tamaño camelo al ministro de guantada!

Si estoy en San Sebastián aún, es por el que dirán, pero no hago más el oso. ¡Dar ese feo horroroso a mí, a todo un Tetuán!

No valen conmigo engaños, ni diplomacias ni amaños; ni jefes de nuevos cuños consentiría ¡a mis años! y además ¡con estos puños y después de treinta baños!

Se ha resentido mi amor propio y este resquemor me impulsa: yo soy muy vivo... y además tomo el olivo antes que llegue Woodfor.

L I N A R E S R I V A S

¡Oh, menguada ilusión la del hombre que no logra jamás sus deseos, que la sigue y al fin no la mata y a veces la encierra y aun queda contento plantado en la esquina, como un pobre abuelo!

Yo pensaba estrenar mi edificio que allá en el paseo de Atocha ya se alza

con fuentes y platos y saleras hecho lo más a propósito para el ministerio

donde se hace tantísima salsa con los profesores y los ingenieros.

Y ahora de repente este golpe terrible y cruento me saca de quicio

y a todos, a todos nos manda a paseo, porque usted, Gedeón, no lo dude,

nos vamos al cuerno.

¡Ay de mí, que ya no hay aperturas que ya no hay estrenos!

Sin duda es mi sino:

ya no estoy, Gedeón, para eso.

N A V A R R O R R E V E R T E R

Yo, como nunca me estoy ocioso, ya a don Arsenio di varios bombos, le hice la rueda porque él lo es todo, mas por si acaso (pues no soy tonto) con Polavieja ya haré lo propio, que también sabe mucho ese socio; si se van estos y con los otros puedo quedarme ¡voto al demonio! como me dejen, yo ¡tan orondel! Que soy travieso lo dijo el otro, conque, señores, yo opino en todo como quien piensa

no hacer el bobo ni por escrúpulos perder el momlo. En mis principios soy categórico: la jefatura no me hinche el ojo, que estoy contento con lo que ecbro: yo soy muy trucha yo soy muy zorro, pero en Hacienda les sirvo a todos: si ahora soy blanco ya antes fuí rojo para volverme trabajo poco. Conque, a quedarnos, que es lo más cómodo y si se quiere lo más patriótico. Si hay quien se quede, con ese voto.

B E R Á N G E R

¡Hombre! ¿a quién se le ocurre que yo me marche si estoy haciendo falta cada momento? ¿Quién al *Reina Regente* le echará un parche? ¿Quién hara que el *Pelayo* no ande tan lento? ¿Quién sino yo las viejas arboladuras repondra de los barcos *catarriveras*? ¿Quién irá a los talleres de composturas? ¿Quién tendrá hasta la boca las carboneras? Sé que heredarme quieren varios... Auñones mas para ellos reservo mi labor fina: no hay que mentar ni crisis ni dimisiones; vayamos trampeando, vengam Perrones... y no tquen ustedes a la marina.

C Ó S G A Y Ó N

Yo me marche, si señor, que este ya es mucho... moler: aquí no se puede ser ministro conservador. Si se deja a los Romeros torear por las afueras, solo quedarán los cerros, es decir, los Valdoseras. Por mí no sigue el bromazo, si Azcárraga es un pedazo de pan, que agnante el mordisco, pero yo soy más arisco, vamos, que ¡tengo un geniazol! No soy un bobalicón y al ver que esta situación va a prolongarse, me admiro. ¡Si hasta piden su opinión de todo a Peña Ramiro!

Per lo cual yo me retire.

VALDOSERA

¡Pim! ¡Pam! ¡Pam! Me parece que he oído
¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! terrible ruido
¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! y aunque no sea nada
¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! por si acaso decido
retirarme a la vida privada.

CASTELLANO

Cuatro esquinitas
tiene mi cama:
los angelitos
no me la guardan:
por lo cual tengo
mucha jindama.
¡Ró... rró!
Que me pega Azcárraga.
¡Ró... rró!
Que me voy a casa.

EN EL ÍNTERIN

Esta frase que tanto abundaba en los discursos y escritos del infortunado D. Antonio Cánovas, no era un lugar común.

Digámoslo en elogio del llorado presidente: aquella famosa muletilla suya no era tal muletilla, no era un tópico; era sencillamente una profecía.

Al decir *en el ínterin*, con tanta y tan repetida frecuencia, quizás adivinaba D. Antonio Cánovas la crítica y ¿por qué no decirlo? ridícula situación del Gobierno y del partido en estos días de bufa interinidad.

Porque hay que ver a D. Marcelo *haciendo de jefe*. Llega a la Presidencia, va a sentarse en el sillón para despachar lo más urgente y el sillón cruje y Su Excelencia cae al suelo.

Penetran asustados los dependientes con un poco de arnica y un Diccionario italiano-español, por lo que haya podido ocurrir, y oyen lamentarse al general Azcárraga.

—Pero ¿qué casa es esta? Ni aun de las sillas cuidan ustedes; yo en Buenavista tengo arregladas las cosas de otro modo.

—Dispense V. E.; es que aprovechando estos días hemos enviado el sillón a barnizar, y habíamos colocado ese interinamente.

—Podían ustedes haber puesto otro un poco mejor.

—Tiene V. E. razón; pero ¿cómo no era más que interinamente!

—Bueno, bueno; ¡que suba el señor subsecretario! A los dos minutos se presenta delante del general un señor apacible con manguitos de percalina y una pluma detrás de la oreja.

—¿Usted es el subsecretario?

—No señor; estos días tiene mucho que hacer y me ha dejado en su puesto interinamente.

—¿Sea todo por Dios! El caso es que yo quería saber con urgencia...

—¿Qué desea vucencia saber?

—Las noticias de Cuba, las de Filipinas, todo lo que ocurre en los departamentos ministeriales.

—Descuide vucencia, que yo le pondré al cabo de la calle.

—¿Usted a mí? Pero ¿tiene usted facultades para eso?

—Quiero decir que yo le enteraré de todo. Weyler acaba de telegrafiar.

—Bien, ¿y qué dice?

—Que sigue pacificando provincias interinamente.

—Eso no me gusta; y lo de las zonas ¿se ha arreglado? ¿Qué dice Sánchez Toca?

—Que todo está arreglado por ahora.

—Interinamente, vamos.

—Eso es, interinamente.

—Bueno, puede usted retirarse.

—Definitivamente ó... me aguardo ahí fuera?

—No, no; ¡hasta mañana!

El presidente se queda solo.

A los cinco minutos, la alta temperatura, el jaleo del día y las responsabilidades del Gobierno le dan sed.

Va a tocar un timbre; pero ¡que si quieres!

Al ver que nadie acude al llamamiento, ni el portero, ni el de los manguitos, ni Martínez Campos siquiera, comienza a dar voces y la dependencia entra de nuevo asustada y con el diccionario italiano abierto siempre.

—¿Qué tienen estos timbres?

—Que son interinos, señor presidente. ¿Qué deseaba vucencia?

—Un vaso de agua?

—¿Con azúcarillo?

—No, interino; digo solo.

Transcurren dos minutos y entra el portero con las manos vacías.

—Y el agua?

—Diré a vucencia; es el caso que acaba de romperse el botijo, de modo, que con permiso de vucencia, le entraremos el agua interinamente en un puchero de la cocina.

CHASCARRILLOS REMOZADOS

La fragata *Conservadora* corría una horrible tempestad.

El capitán dió orden a los pasajeros para que arrojasen al agua los objetos que más les incomodasen.

Y un visjero florentino que se había colado de momio en el buque:—Allá va Romero—dijo y le arrojó al agua.

El conde de Cheste lamentábase al ver cómo iban desapareciendo poco a poco todos los compañeros de Academia más jóvenes que él y decía:

—Claro, no quisieron hacerme caso. Yo he decidido no vivir más que en la Academia y para la Academia. He averiguado que este es un recinto dentro del cual no se muere nadie jamás y por eso he decidido venir aquí a concluir mis días.

—¡A mí, a mí, mi general!—gritaba D. Arsenio a Azcárraga—que ya tengo prisionero a un romerista para nuestra reorganización...

—Me alegre, pero tráele al momento.

—Es que no puedo, mi general.

—¿Por qué?

—Porque por más que hago, no quiere soltarme.

En la famosa reunión celebrada en el círculo conservador, los oradores se ponían como hoja de perjeil.

—Usted es un farsante—decía uno.

—Y usted más—replicaba otro.

—No conozco nadie más díscolo que usted—gruñó un tercero.

—Señores ¿se han olvidado ustedes de que estoy yo aquí?—exclamó el presidente....

Hallándose en vísperas de batalla el Gran Capitán, voló el polvorín.

—Soldados—dijo Gonzalo de Córdoba, sin alterarse—la Providencia nos da a entender que no necesitamos artillería.

Y al día siguiente ganó la batalla.

Ahora ha acontecido lo mismo: solo que el interesado no es el Gran Capitán, sino el Gran Organizador, lo cual varía mucho.

EL PAETIL DE LOS CONSEJOS

(CUENTO DE DOS DÍAS HÁ)

Camino del viaducto de Segovia, a mano izquierda (porque jamás estas cosas ocurren a man derecha) en un famoso pretel, comía alivio de dueñas que a reposar en sus gradas acuden y a urdir consejas, cuando nó a zurcir desnonras ó a atraer simples mozuelas; en no me acuerdo qué tarde de no me acuerdo qué fecha; un general muy nombrado por sus antiguas proezas y muy más por las recientes que por las que son ya añejas hombre de semblante tosco, ronca habis, perilla tiesa, con un nombre de veneao que a la triaca vocea, tropezó con un jugador de florentina a pariencia, todo ganchos en la daga, todo nudos en la lengua, muy galán el birretulo, la citara en bandolera, la mirada de través, la sonrisa *entrebuelta*, la ropilla mas que usada y la intención más que vieja. Diéronse de ojo y de mano, dijéronse el santo y seña y de su platica todos cual si premática fuera, podemos decir a coro: «Conocida cosa sea...» Lo que trataron los dos anda en coplas y en endechas y no hay paseante en corte que hasta la cruz no lo sepa. Son pasos de tan buen arte como pasos de comedia, que eneste asunto a las burlas nunca les ceden las veras y ni el doctor Montalvan, ni el doctor Mirademescus, ni aquel que brilla en la cum- (bre como Fénix de la escena son capaces de inventar lo que un genera inventa cuando, como en ese día, con un jugador se tropieza. Donoso ha sido el encuentro; la alianza que en él se sella por los dos encontradizos

caso es de que muchos huel- (gan, pero lo que pocos saben y a un muchos nolo sospechan porque los más de los ojos no atinan a ver por tela de cedazo, es que un romero que habla por allí cerca, todo conchas la esclavina, la cara muy ver linegra, barbas de plata, antes de oro, dientes largos... de abstinen- (cia, gesto de pocos amigos, y al bordón calabacetas, anda por calles y plazas recitando mil sentencias, que unos juzgan embeleccs y otros verdades, y cuenta que el general y el trovante quieren repartir la herencia, de un gran señor, repartiendo, cada cual conforme pueda citarazo ó cintarazo, según que caigan las pesas. Y el romero, que es de aquellos que no se muerden la lengua, declara que es a él a quien le pertenece la herencia: dice que si no es de grado otorgarla hán a la fuerza, que aquel general tan fiero con la perilla tan tiesa no es quien para demarcarla, ni quién para sostenerla, y que el jugador que su ingenio chirle gasto en cien saetas contra el señor heredado, feroz i justicia fuera que heredara y que lo justo es que el jugador quede fuera del reparto y si se ofusca, se le mande a hacer... ende- (chas.

Cómo finará este pleito decir no puede el poeta pero el general y el músico y el peregrino en pendencia, yo os juro en Dios y en mi áni- (ma que son pájaros de cuenta, y si a alguien los presta oídos muy mal tendrá la cabeza, que en suma, son tres cofrades de... *arredro vayas, la dueña.*

... y armas al hombro

Leo en un periódico:

«El Sr. Silvela salió ayer con los señores Abarzuza y Bather para Piedra, de donde regresarán mañana a primera hora, para asistir a los funerales del Sr. Cánovas.»

¿A qué habrá ido a Piedra D. Francisco?

Sin duda a repetir las palabras del Evangelio:

—Sobre esta Piedra edificaré mi iglesia.

Y sin duda habrá dicho a sus acompañantes:

—¿Ven usted es la cola del caballo? Pues para cola, la que va a tener el ministerio Azcárraga.

Al general Polavieja le han prohibido que se ocupe en cosas de política.

Y añade el corresponsal que transmite la nueva: «Está mejor de la vista, pero con el ojo izquierdo no ve todavía.»

Entonces han obrado muy cuerdamente los doctores.

Porque ni Azcárraga con los dos ojos sanos, ni Campillo con los tres logran estos días ver claro.

Telegrama de Berlín:

«En las próximas maniobras militares tomarán parte 148 batallones de Infantería, 115 escuadrones de Caballería, 111 baterías de Artillería, 21 compañías de Ingenieros y tres secciones de aerostación militar.»

En esto último se fijarán los franceses.

Para decir que el poderío militar de Alemania está en el aire.

Empiezan los viajes:

«El general Azcárraga saldrá probablemente el martes para San Sebastián.»

Bueno, pues que se compre un guarda-polvos. Y que sea fuertecito.

Que le servirá también para la vuelta.

Noticia de Marina:

«A las tres y cuarenta minutos de la tarde de ayer se ha botado felizmente en los astilleros de La Grana el aviso torpedero *Alvaro de Bazán.*»

Me parece muy bien. Y al señor ministro ¿cuándo le botan?

Ya empezamos:

«La *Lucha*, periódico de La Habana, ha iniciado la idea de que se erija en dicha ciudad una estatua al Sr. Cánovas del Castillo.»

Allá va nuestra contestación a *La Lucha* de allá. Todo depende de la lucha de aquí.

En la zona fiscal:

«Esta madrugada fueron detectados por la guardia civil, Bernardo Silinas, vigilante de consumos del extrarradio; Miguel Granes, Juan Granes y Alfonso Díez, por haber disparado el penúltimo de éstos un tiro contra el primero, sin que por fortuna le hiriera.»

Muchos lectores habrán dicho al leer la noticia: —Ya se empezó el melón.

Yo digo otra cosa: —Ya se empezó el Limón.

La situación política:

«El gobierno, pues, al decir de sus mismos individuos, se considera como un ejecutor testamentario de la obra política del Sr. Cánovas del Castillo.»

Pues ¿no han ascendido poco los señores ministros!

Ahora son testamentarios. Antes no eran más que testafierros.

D. Marcelo en funciones:

«El martes próximo habrá Consejo de ministros, en el que se tomarán acuerdos de verdadera importancia y que tienen relación con el viaje que el miércoles hará a San Sebastián el general Azcárraga.»

Nos permitimos recordar al presidente interino este refrán que es permanente:

En martes, ni te cases (con Silvela) ni te embarques (para San Sebastián.)

Un periódico ha descubierto la excursión que indica el título siguiente:

«Angiolillo en Londres.»

¿Quién le habrá dado la noticia? Alguien inglés.

O la fondista de Santa Agueda.

Los domingos de D. Marcelo:

«Anoche, como domingo, se vió bastante concurrida la residencia del presidente del Consejo, general Azcárraga.»

Pero ¿cómo! ¿en domingo recibe el señor presidente?

Bien se conoce que no le hacen la tertulia más que los cursis del partido.

Desbandada... interina:

«El Sr. Pidal regresa a Asturias, el Sr. Silvela a Málaga y el Sr. Romero Robledo a Antequera.»

Bien se conoce que el jefe es ahora el general Azcárraga.

¿Qué manera de embarcar gente!

Cabildeos:

«En las primeras horas de la tarde han celebrado una conferencia los señores Pidal y Romero Robledo en casa del segundo.»

Lo han fastidiado a usted, D. Paco. Lo han llamado a usted «el segundo.»

¿Hasta cuándo va a ser usted el segundo?

El mismo D. Tomás es más afortunado.

Porque no es el segundo; es el *Mirado.*

Imp. de EL ENANO: Arco de Sta. María, 3.

SU EMINENCIA EL PRESIDENTE



Mal haya mi suerte indina
que me otorga juntamente
la presidencia interina
y la Guerra permanente.

EL DIA DEL ENTIERRO

Magnífica fué la manifestación de duelo verificada el viernes último en Madrid.
A ella asistieron todos los personajes de viso residentes en la corte y muchos de provincias.
De las notas tomadas durante el paso de la comitiva por nuestro activo reporter Batáez sacamos los siguientes datos:
Asistieron las parroquias con sus mangas y diferentes Ayuntamientos con sus mangas y capirotos.
El Sr. Sagasta, de levita, y varios exministros fusionistas, de fariseos.
El Sr. Aguilera llevaba la corona del Ateneo (3 metros, 20 centímetros de diámetro).
Por tener que asistir los alabarderos no se celebró función en la mayor parte de los teatros de Madrid.
En el círculo liberal se tallaba con media puerta cerrada.
El general Weyler—llegado por el cable—iba recogiendo laurel del suelo por la calle Mayor.
El Sr. Campillo, con gasa en el sombrero, iba sentado sobre un armón de artillería.
El Sr. Romero-Robledo, repicaba é iba en la procesión.
El Sr. Fabié no asistió, pero presenció el paso de la comitiva, asomado á todas las ventanas del saber.
El Sr. Martínez Campos, no abandonó un instante durante el desfile, la acera de los Consejos.
Inútil es decir que asistieron la Guardia civil y el Sr. Palou.
Durante el desfile de las trepas, conservó toda su calma el Sr. Romero Robledo; únicamente derramó algunas lágrimas al pasar al trote los regimientos de Húsares.
Después del desfile se produjo alguna confusión.
El Sr. Silvela, que llevaba muy amarillas las dos últimas sílabas de su apellido, no sabía por donde salir. Al fin, parece que se decidió á echar por la calle de enmedio... y se metió en el café de Venecia, ya que lo de Florencia no es café, sino lechería.
El Sr. Castellano, reflexionaba acerca de las grandezas y de las pequenezes humanas, pensando, como el baturro, que cuando le entierren á él puede que tenga que ir á patica.
Asistió con los silvelistas el marqués de Camarines y hubo algunas quisquillas entre ellos.
Nuestro amigo Pepe Luis Torrea, iba tomando notas tan orondo, como si no le hubiese tocado la aproximación.
El señor marqués de Bogaraya, relevaba al pito de Alabarderos de vez en cuando.

Por eso no vino el Sr. Castelar: porque no iba tocar pito en la manifestación.
El Sr. Burrell iba pensando en el entierro de Mario, el truculento general de Roma.
El Sr. Bustillo, en el entierro de otro Guerrero.
El conde de Cheste y D Juan de la Concha Castañeda, repetían la consabida lamentación:—¡No somos nadie!
Varios concejales pensaron *aprovecharse* del procedimiento del entierro.
El Sr. Nido y Segalerva iba cayéndose de sí mismo.
Vimos bastantes banderas enlutadas y muchos pendones lo mismo.
Detrás de la comitiva marchaban algunos coches de punto y no pocos, de puntos.
El señor vizconde de Campo-Grande pensaba en la venta pero continúa desaparición del partido conservador de la culta España.
Los niños del Sagrado Corazón de Jesús llevaban velas encendidas: entre ellos pudimos reconocer al señor ministro de Gracia y Justicia, vestido con el uniforme de aquel Asilo, para evitar cualquier atentado.
El Sr. Lombardero llevaba en brazos á los señores Rancés y González Fiori.
Abriendo paso, delante de la Guardia civil, iban los Sres. Mencheta y Comba, *de batidores*.
Otros, iban de peñes.
El Sr. Fernández Shaw no podrá convencer á nadie de que no iba premeditando una elegía *féria*.
Detrás del clero iba el fiscal Sr. Martón echando absoluciones á derecha é izquierda.
Llamó mucho la atención que el Sr. Sánchez de Toca, vestido correctamente de negro, llevase un bastón de Concha.
De Concha Alcalde, naturalmente.
En cuanto al Sr. Lastres, esta ha sido la última y la más solemne ocasión, en que ha llegado tarde.
Como que no ha llegado todavía.
La comisión de cierto Ayuntamiento se retiró por una cuestión de etiqueta.
La habían dado al Sr. Frontaura, para que la acompañase.
El Sr. Navarrotreverter contemplaba con ojos de envidia á los maceros de Murcia.
Los cuales *ostentaban* unas pelucas grandes como empréstitos de invierno.
Ahora, ya no nos queda más que esperar el artículo necrológico que escribirá doña Emilia, y el fusilamiento del criminal por el Sr. Comba y cofrades.

CONSEJO LEAL



GEDRÓN.—Señoras, caballeros y niños: no tomen ustedes tantos baños, que se van á debilitar.